

Newton Compton Editores

Título original: *The Survivor*

© 2023, Joseph Lewkowicz

© 2024, de la traducción por Jesús Jiménez Cañada

© 2024, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: enero de 2024

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.

Av. de la Riera de Cassoles, 20. 3.º B. Barcelona, 08012 (España)

www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.

www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19620-72-9

Código IBIC: FA

DL: B 16.876-2023

Diseño de interiores:

David Pablo

Composición:

Grafime S. L.

Impreso en enero de 2024 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

Josef Lewkowicz
con Michael Calvin

El superviviente de Auschwitz

Traducción de Jesús Jiménez Cañada



Newton Compton Editores
Barcelona, 2024

*Este libro está dedicado a la bendita memoria de Tuvia,
a quien se llevó un trágico accidente.
Espero que sea digno de él.*

Prefacio

del rabino Naftali Schiff con Jonathan Kalmus

Que un adolescente esclavizado, muerto de hambre y apaleado sobreviva a seis de los principales campos de concentración nazis resulta casi inaudito. Solo por eso, este libro ya es único. Sin duda les hará preguntarse: ¿cómo? ¿Cómo ha sido posible que un huérfano, solo, obligado a sobrevivir robando pieles de patatas y sobras, humillado a manos de los captores que han asesinado a toda su familia, resista el precipicio de la degradación nazi y mantenga la humanidad con el mantra: «No debo convertirme en un animal como ellos»? ¿Quién podría hacer algo más? Él lo consiguió. A pesar de su delgadez y fragilidad, el chico protestó contra la crueldad y encontró la compasión necesaria para poner su propia vida en riesgo alimentando a sus hambrientos compañeros de campo, un barracón tras otro. Dado que también fue capaz de reconstruir su vida tras la Segunda Guerra Mundial, podríamos caer en el error de pensar que los hermosos y potentes mensajes de esta historia forman un arco sencillo, fácil de seguir. Sin embargo, ese mismo chico cambió el pijama de rayas por un uniforme del servicio de inteligencia de Estados Unidos para atrapar al asesino en masa más infame de toda la Alemania nazi. Una historia de leyenda.

Os presento a Josef.

Existen momentos en la vida, no muchos, en los que relativamente pocas personas tienen la oportunidad de descubrir algo que casi nadie más sabe, algo que debería saber todo el mundo. Cuando conocí a Josef Lewkowicz en 2018 y me enteré

de su historia, mayormente desconocida, comprendí que era necesario contarla. En repetidas ocasiones, Josef ha afirmado: «No soy ningún héroe, yo no soy nadie». Y sin embargo fue Josef quien llevó ante la justicia a Amon Göth, el más infame de los comandantes de campos de concentración, conocido gracias a la película *La lista de Schindler*. El eminente historiador y profesor David Crowe describe a Göth como «uno de los auténticos monstruos de la devastadora guerra de la Alemania nazi contra el pueblo judío». Sin embargo, el modo en que se dio con Göth después de la Segunda Guerra Mundial había permanecido envuelto en misterio.

Josef conserva unos recuerdos casi perfectos del papel que desempeñó Göth en esta importantísima historia. Por otro lado, no poseía un solo documento que demostrase dicho papel. Lo único con lo que contaba era con una fotografía intrigantemente única, una fotografía que mostraba al nazi asesino de masas cuando fue detenido. Una fotografía que, al parecer, no estaba en posesión de ningún museo ni archivo, de nadie más en todo el mundo. También tenía un retrato de Oskar Schindler firmado de su puño y letra y dedicado a «mi querido amigo Josef».

El trabajo de Jonathan Kalmus supuso un punto decisivo a la hora de demostrar la historia de Josef. Jonathan, cineasta, periodista y colega, repasó un total de cien mil documentos para recopilar las pruebas esenciales que sirviesen para verificar históricamente el pasado de Josef. El mérito por haber desentrañado la historia que cuenta este libro sobre la captura, identificación y finalmente juicio de Amon Göth ha de atribuirse únicamente a Jonathan.

Sin embargo, ha sido Michael Calvin, el autor del libro, quien ha confeccionado diligentemente toda esta investigación con brillante maestría hasta componer un relato histórico abrumador. Ha sido Michael quien ha conseguido ensancharlo hasta convertirlo en una autobiografía hábilmente cautivadora y

completa al añadir a la historia principal numerosos aspectos de la, por suerte, larga vida de Josef. El libro es fiel a la voz y el espíritu de Josef. Ha sido todo un honor que un maestro de las palabras, un autor *best seller* y sin embargo genuino y humilde, tal y como he descubierto que es Michael, se comprometiese a llevar a cabo esta obra.

La historia de Josef va más allá de la resolución de un misterio histórico. Nos muestra que Josef desempeñó un papel vital a la hora de definir nuestra humanidad: el modo en que la civilización responde a un mal a escala monstruosa y el modo en que, estamos convencidos de ello, podemos seguir manteniendo a salvo a millones de miembros de nuestra comunidad en el futuro.

Existe una realidad alternativa y aterradora que podría haber llegado a cumplirse tras la Segunda Guerra Mundial, de no haber sido por la fortaleza moral y la audacia de Josef y de otros muchos, en el nacimiento del orden mundial de posguerra. Los documentos históricos en los que descansa la historia de Josef también demuestran lo peligrosamente cerca que estuvo la humanidad de no conseguir someter a ni un solo asesino nazi a los justos y genuinos juicios de Núremberg. Los británicos preferían ejecuciones sumarias sin juicio, mientras que los rusos defendían juicios falsos, de cara a la galería, basados en pruebas insustanciales y con veredictos predeterminados. Si los representantes legales americanos no hubiesen ganado aquel debate, el mundo seguramente jamás habría llegado a definir en agosto de 1945 los crímenes contra la humanidad o las reglas de la ley internacional, como tampoco se habría alcanzado un consenso global para crear los derechos humanos universales, algunos de los valores humanos más importantes, que hoy en día damos por sentados.

Probablemente, tanto Amon Göth como incontables asesinos en masa aparte de él se habrían librado de no ser por los investigadores de crímenes de guerra, que recopilaron pruebas

reconocidas internacionalmente para los tribunales criminales internacionales recién creados. El alcance del cálculo, planificación y ciencia aplicada al genocidio que se llegó a conocer como el «Holocausto» jamás habría llegado a documentarse, de modo que los negacionistas del Holocausto, tanto de antaño como de hoy en día, habrían vencido. Habríamos quedado mucho más cerca del precipicio de otros holocaustos y mucho más lejos de las sociedades libres, ajenas al odio e igualitarias que aspiramos a ser. Esa esperanza podría no haberse plantado en nuestro interior.

La humanidad se juega mucho más que este punto crucial en la Historia. Cuanto más considero como mentores personales a los supervivientes del Holocausto, más me doy cuenta de que todos ellos forman un grupo único de seres humanos de los que podemos aprender mucho. No solo sobre la muerte y la destrucción, sino también sobre la vida; sobre su *joie de vivre*, sus ganas de apreciar la vida y luchar contra el mal empleando la bondad. Podemos reconstruir milagrosamente nuestras vidas y nuestras familias tras tanta tragedia. Cuando descubran ustedes la historia de Josef verán que es una persona única entre un grupo único de personas y que tenemos mucho que ganar si interiorizamos su modo de ver la vida.

Como fundador de JRroots, me he dedicado durante casi veinte años a ayudar a otras personas a aprender de las historias de los supervivientes. Decenas de miles de jóvenes los han acompañado por los senderos de Auschwitz y otros lugares de muerte, pero también se han visto inspirados gracias a muchos otros lugares e historias personales llenos de vida, heroísmo y legado, antes de que fuesen destruidos. No conozco modo más potente de asegurarnos un futuro en positivo que conseguir que la próxima generación se tome una pausa de su ajetreada vida y reflexione de verdad sobre las lecciones tanto del oscuro pasado como de la parte positiva de la Historia. Sin embargo, el número de supervivientes disminuye cada vez más con el

paso del tiempo. Descubrí a Josef mientras filmaba las historias de un centenar de supervivientes del Holocausto, con la esperanza de almacenar su sabiduría para las generaciones futuras. No resultó fácil convencerle de que me concediese una entrevista. Según mi experiencia, los supervivientes del Holocausto no tienen pelos en la lengua ni se andan por las ramas, como tampoco era el caso de Josef (por decirlo de alguna manera). Le supliqué que ayudase a las generaciones futuras a compartir esa humanidad única que tiene, pues su supervivencia atestigua una resistencia del espíritu humano que debería prevalecer dentro de todos nosotros.

Josef es uno de los ejemplos vivos más patentes que hemos tenido el privilegio de conocer de dicho espíritu humano. En este libro presenciaremos el milagro de su resiliencia y su tenacidad; su deseo de retribución, manifestado en el anhelo de construir un futuro mejor o de salvar a niños huérfanos. Josef muestra una aguda claridad moral, un sentido del deber, al atribuir buena parte de su resistencia al convencimiento de que es necesario ayudar al prójimo. Como Josef suele decir: «Jamás saldrás perdiendo por ser amable, gentil y bueno». Esta máxima le salvó la vida en muchas ocasiones. Son valores que aprendió de niño, de su madre, a partir de los valores polacos corrientes que cimentaron tantos hogares en las aldeas, ciudades y *shtetls* de la Europa judía. Son valores que no solo eran legítimos en aquel entonces, sino que lo serán para toda la eternidad: si Josef pudo forjarse un camino ante la abrumadora faz de la adversidad, nosotros también somos capaces de hacerlo. Si Josef pudo participar en la Historia reforzando los valores de la justicia, la paz y la moral universal, sin nada más que harapos a la espalda y la más absoluta determinación, nosotros también podemos y debemos hacerlo. Nuestra esperanza es que nadie deje este libro después de acabar la última página, sino que mantenga el ejemplo de Josef y viva según su dictado por el bien del futuro de todos.

Prólogo

Fantasmas

*«Mas si hablo, mi dolor no cesa;
y si dejo de hablar, no se aparta de mí».*
Job 16, 6

No soy ningún héroe. Me temo que estoy a punto de derrumbarme. Suspiro desde lo más hondo de mi ser y me reclino hacia delante, como si me hubiesen dado un puñetazo en el estómago. Llora, aunque creía que no me quedaban lágrimas que derramar. Se me rompe el corazón. He tardado casi ochenta años en reunir el valor necesario para venir a este lugar maldito en el que un campo de peñascos fragmentados y piedrecitas negras, grises y manchadas por la muerte hace las veces de lápida.

Bordean la cresta los robles que aún se conservan de la época en que las tropas soviéticas, asqueadas en su avance, arrancaron los abetos que los nazis habían plantado para ocultar las masacres. Cae una leve lluvia. Un viento helado sopla del este. El perímetro del emplazamiento, de aproximadamente el tamaño de tres campos de *rugby*, contiene cenizas humanas y huesos pulverizados, todo mezclado con arena. Entre marzo y diciembre de 1942, alrededor de seiscientos mil judíos perdieron la vida aquí.

El campo de exterminio de Bełżec.

Solo el nombre basta para aterrorizarme de adulto, del mismo modo que el de Hitler lo hacía de niño. Un oficial de las SS envió aquí de un plumazo a mi madre, Sheindel, y a mis tres

hermanos pequeños, Meir Wolf, Hershl Zvi y Dovid Leib. Al igual que los quince mil judíos que fueron trasladados aquí desde el *shtetl*, nuestra aldea natal, Działoszyce, en la zona sudeste de Polonia, jamás llegaron a salir.

Juré que jamás lo visitaría, pero he sentido la llamada de sus almas. Forman parte de los millones de judíos que carecen de cementerio, de lápida, de registro alguno de su existencia más allá de los recuerdos de alguien. Tenían sueños, amores, vidas que no se les permitió vivir. Nos relatan lo que le pasó a nuestro pueblo, a nuestra nación. Murieron a causa de un único delito: haber nacido judíos. ¿Es posible entender cómo puede suceder algo así en el mundo?

Debemos entenderlo.

En aquel lúgubre día de finales de invierno, cuando la lluvia ya derretía los últimos restos de nieve, encontré fuerzas en un deber sagrado. Los hijos de los fallecidos tienen la obligación de entonar el *kadish* del doliente, una de las piedras angulares del judaísmo. Es un acto de esperanza que permite a los afligidos por el luto alabar a Dios, reconocer su dolor y reforzar la creencia de que volverán a ver a sus seres queridos.

Encendí velas en memoria de una mujer hermosa y buena y de tres dulces niños y protegí las llamas con el hueco de mis manos antes de colocarlas en recipientes de cristal. Honré a mi círculo familiar, un total de ciento cincuenta individuos, todos ellos consumidos por el Holocausto. Como único superviviente era mi responsabilidad ser testigo, dar voz a quienes no la tenían, los ignorados, los desconocidos.

Percibí su espíritu, su *nesbamá*. Cerré fuerte los ojos, incliné la cabeza y recité: «Bendito sea su gran nombre para siempre, por toda la eternidad. Sea bendito, elogiado, glorificado, exaltado, magnificado, enaltecido y alabado su santísimo nombre por encima de todas las bendiciones, cánticos, alabanzas y consuelos que pueden expresarse al mundo y dígase: “Amén”».

Tengo 96 años y estoy listo para ir al encuentro con mi Dios

cuando tenga a bien llamarme. Creía que todo por lo que había pasado me había endurecido. He visto cosas terribles: ahorcamientos ceremoniales, fusilamientos indiscriminados, crueldad innumerable, la depravación del canibalismo. Soporté el hambre, las palizas y las torturas en seis campos de concentración y conseguí sobreponerme para poder llevar a un monstruo, Amon Göth, el Carnicero de Płaszów, ante la justicia.

En una pesadilla recurrente que sufro, Göth me persigue, gritando que me matará porque he entrado sin querer en su habitación mientras él estaba comiendo. Me escondo entre las sombras al abrigo de un puente o bien me oculto acobardado bajo los barracones para salvarme. A veces, Göth, a quien hoy solo se lo recuerda como el comandante sádico de la película *La lista de Schindler*, se materializa en uno de los muchos rostros distorsionados de nazis que se abalanzan sobre mí como aves de presa. Otras mañanas me despierto sudando y jadeando tras forcejear con un soldado de las SS provisto de casco y abrigo largo. Él intenta dispararme mientras yo intento arrancarle el rifle de las manos.

La violencia, ya sea real o imaginaria, me ha condicionado. He vivido con miedo constante, me he acostumbrado al peligro y a la degradación. Soy un judío orgulloso de serlo; ayudé a salvar a huérfanos judíos tras la guerra. Pero en Bełżec me rompí: delaté a todos aquellos a quienes veo en mi sueño favorito, en el que me encuentro sentado a la mesa con mi familia, entre charlas y canciones.

Mi padre, Symcha, cuida de los abuelos, las tías y los tíos. Sé cómo se llaman, aunque me cuesta recordar las historias de algunos de ellos. He estado dando vueltas a mis hermanos en mi querido triciclo. Veo venir a nuestra madre con platos humeantes de comida: sopa de pollo, pescado relleno y hojaldre de queso. Guardo un silencio expectante. Nos dejan servirnos solos la comida: está deliciosa. Me apetece un poco más, aunque normalmente no como mucho, pero me contengo.

Miro alrededor y me percató de que nadie en la mesa tiene cara. Son siluetas, fantasmas sentados al festín.

Lo considero un sueño feliz, pero quizá precisamente por eso me encontraba tan alterado de camino al lugar donde los ejecutaron. Recuerdo la calidez y la elegancia de mi madre, pero, a día de hoy, no soy capaz de rememorar sus rasgos físicos. A pesar de haber repasado los registros del Yad Vashem, el Centro Mundial de Conmemoración de la Shoá, desconozco los detalles de la muerte de mi madre y mis tres hermanos.

Hay listas de aldeanos desplazados, de pueblos enteros liquidados, pero la mayor parte de la documentación fue destruida deliberadamente. Se sabe que los registros horarios de trenes no son fiables. Solo dos prisioneros sobrevivieron a Belzec. A uno de ellos, Chaim Hirszman, lo asesinaron miembros de la resistencia anticomunista en su apartamento de la ciudad polaca de Lublin en marzo de 1946, antes de que pudiese presentar un testimonio de primera mano.

El otro superviviente, Rudolf Reder, se salvó gracias a que sabía hablar alemán. Se hizo pasar por mecánico para luego escapar bajo el amparo de la oscuridad a finales de noviembre de 1942. Adoptó el nombre de Roman Robak antes de mudarse en 1950 a Israel, donde vivió tres años. Murió en Toronto en 1977 a los noventa y seis años de edad. Escribió sobre «mujeres y niños asfixiados, cuyos alaridos “se convirtieron en un único y horripilante grito”».

Sabemos que llevaban a los condenados en vagones de ganado. Se decía que algunos vagones contaban con hilo musical para engañar a los deportados y que pensasen que los transportaban a un campo de tránsito. Otros los conectaban directamente a motores nada más llegar para poder gasear a las víctimas sin mucho escándalo. Los historiadores consideran que Belzec es un ejemplo de manual de la puesta en práctica de la «solución final». En el campo solo había veintitrés oficiales de las SS, que contaban con el apoyo de despiadados guardias ucranianos.

El campo tiene unas dimensiones de doscientos sesenta metros por cada lado. Un apartadero ya descuidado se aleja quinientos metros de la estación principal para adentrarse en el campo, dividido en dos secciones. Una de ellas servía para almacenar las ropas de las víctimas, así como objetos de valor, como diamantes, dólares americanos o dientes de oro que les arrancaban a los cadáveres. La otra, oculta tras las ramas de los abetos y rodeada de alambre de espino, albergaba las cámaras de gas y las fosas comunes.

Conectaba las dos zonas un estrecho camino vallado: *der schlauch*, «el tubo». A través de un altavoz se ordenaba a las víctimas, que llegaban en remesas de veinte vagones de mercancías, que bajasen y se preparasen para desnudarse. Acto seguido, los guardias los obligaban a gritos a recorrer el tubo, entre golpes de culata y punzadas de bayonetas. Se hacía así para no dejarles tiempo para pensar, para que no comprendiesen dónde se encontraban ni qué estaba a punto de sucederles.

Al llegar les habían dicho que, como parte del procedimiento de adaptación, los iban a duchar. Se les decía que atasen juntos los cordones de ambos zapatos para que no se perdiesen. Asimismo, se los animaba a colocar la ropa en pulcros montones para poder recuperarla con facilidad. Era una mentira grotesca, asesina.

El tubo llevaba directamente a las cámaras de gas. Una vez selladas las puertas, que atrapaban a doscientas personas por turno, los guardias policiales auxiliares accionaban un gran motor de diésel que canalizaba monóxido de carbono al interior del edificio de ladrillos. Todos morían en un lapso de treinta minutos. Desde el recibimiento hasta la muerte apenas transcurría algo más de una hora.

Los *sonderkommandos*, grupos de prisioneros judíos seleccionados para permanecer con vida y ser sometidos a trabajos forzados, usaban correas de cuero para retirar los cadáveres

y arrojarlos a las fosas comunes. No tardaban en sepultarlos bajo una fina capa de tierra. Mientras tanto, una reducida orquesta compuesta de prisioneros indultados temporalmente tocaba música.

Durante los tres primeros meses de la operación se asesinó a alrededor de ochenta mil judíos. Para cuando llegaron mis parientes, en septiembre de 1942, había activas seis cámaras de gas, el doble de la cifra inicial. Era la producción en cadena de la muerte. Heinrich Himmler, el cerebro tras el genocidio, había afirmado que era necesario erradicar a los judíos de la faz de la Tierra.

A partir de octubre empezaron a exhumarse los cadáveres y a tirarlos a hogueras hechas con traviesas de la ferrovía tras rociarlos con gasolina. Los huesos se recogían y se molían para luego arrojarlos a las zanjas que en su día sirvieron de trampas para tanques. Se asesinaba periódicamente a los trabajadores esclavizados. Gasearon a los últimos en el campo de exterminio de Sobibor en junio de 1943. Les dijeron que los iban a evacuar a Alemania.

Ya no quedan edificios en pie en Belzec, pero la sensación de peligro es inconfundible. Han transcurrido varias generaciones desde la guerra, pero a la gente aún le cuesta comprender lo que ocurrió allí. Recorrí un simbólico sendero de la muerte: un pasadizo subterráneo diseñado para replicar la desesperanza y el pánico de aquel último camino por el tubo. Las altas y rugosas paredes se cernieron sobre mí y sentí que me encontraba solo en el Valle de la Muerte.

Fue potente, muy potente.

No consigo olvidar a aquellas hermosas personas que una vez tuve a mi alrededor. Mis primos, que eran muchos. La pequeña Bluma Kroner, la chica pelirroja. No sé a qué se dedicaba su padre, pero era rico: fue el primer hombre del *shtetl* que tuvo un descapotable. Cuando nos dio un paseo, me sentí como un emperador de antaño.

Desde que los nazis se nos llevaron, no volví a verlos. Si cierro los ojos, aún puedo imaginarlos, pero me provoca un gran pesar. No me gusta pensar en la pérdida, pero penetra en mi mente, sobre todo cuando estoy solo. El dolor se burla de mí. No recuerdo la voz de mi madre ni su característico olor. Recuerdo una vaga sensación de culpa por haberla desobedecido un día y haber repartido mis sándwiches entre niños pobres del colegio. Deberíamos haber escapado, pero ¿por qué? Llevábamos mil años allí. Habíamos echado raíces.

Teníamos una vida feliz, rodeados de amigos, hermanos y hermanas, padres y madres, abuelos y abuelas, bisabuelos y bisabuelas. Todo el mundo pasaba por nuestra casa. Algunos traían caramelos; una de mis tías, en particular, nos daba *sauerkraut* casero. ¿Qué fue de ellos? Tenían mucho que enseñarme y todo me lo perdí. No vivieron lo suficiente para poder conocerlos bien.

No vivieron lo suficiente para poder conocerme a mí mismo.

Capítulo 1

Familia

La encargada de intendencia se mostró educada pero firme: no había cementerio judío en Działoszyce, mi lugar de nacimiento. Se apiadó de mi empeño por intentar localizar la tumba de mi bisabuelo, pero no podía ayudarme. Tal y como suele suceder tan a menudo en Polonia, donde los secretos más oscuros se protegen tras medias verdades y misterios, las cosas no eran como parecían. Yo sabía que mi mente no me engañaba. A los niños de ocho años de edad, la que yo tenía en 1934, no se les solía permitir que asistieran a entierros. Sin embargo, dada la relación tan estrecha que yo tenía con mi abuelo, se me dio permiso excepcional para ir al lugar donde lo enterrarían a última hora de la tarde del día en que murió durmiendo, justo antes del Pésaj, la víspera de la Pascua judía. Nadie sabía a ciencia cierta si había cumplido los ciento cinco o los ciento seis años de edad.

Dovid Leib, cuyo nombre le habían puesto a mi hermano pequeño en su honor, era un hombre alto de rostro amable, con una barba larga y blanca que a mí me resultaba hipnótica porque se sacudía con el viento como si bailase. Mi bisabuelo llevaba un abrigo largo y negro y un *hittel* yidis, un sombrero con ala. Casi puedo oírlo diciendo: «En toda mi vida no se me ha roto ni siquiera una uña». Murió con todos los dientes, con audición perfecta y sin la menor necesidad de gafas o de bastón.

Era Historia viva.

Me contó relatos de reyes polacos, como Boleslao II el Generoso, Casimir III el Grande y Vladislao II Jagellón, que

le concedió a Działoszyce el estatus de ciudad en 1409. Al igual que su padre, que también murió a edad avanzada, mi bisabuelo contaba historias sobre pogromos antisemitas, que empezaron con la Rebelión de Jmelnitski en 1648, en los que se masacró a decenas de miles de judíos.

Mi bisabuelo vivió uno de esos pogromos durante la guerra civil rusa que ocasionó la muerte de, como mínimo, 35.000 judíos a manos de caudillos nacionalistas bielorrusos y ucranianos. Conoció en persona a Józef Piłsudski, el estadista a quien se considera padre de la multiétnica Segunda República Polaca, reestablecida en 1918, ciento veintitrés años después de la separación. Las tensiones de esa época se sienten incluso a día de hoy.

Mi bisabuelo era un anciano con el corazón de un chiquillo. Pasaba muchísimo tiempo en su granja, cuidando de sus dos caballos, comprobando el estado de sus tomates y comiendo habichuelas recién recogidas. Solía enviarme al desván a por huevos recién puestos, aún templados, de sus gallinas y me enseñaba a abrirles dos agujeros para succionar por ellos la clara, que luego tenía que restregarme por los ojos. Probablemente no era más que una *bobbemeise*, una superstición de viejas, pero mi bisabuelo estaba convencido de que me hacía bien.

Hay una palabra yidis basada en el idioma hebreo, *yijus*, que se traduce como «linaje», línea de sangre, y que expresa lo que significa entender de dónde provenimos, quiénes somos y qué representamos. Por eso es tan importante para mí presentarle mis respetos tras su muerte. El hecho de que a mis padres y hermanos se les haya negado el derecho de tener un funeral judío ha dado fuerzas a mi búsqueda.

Cuando nací, el 21 de julio de 1926, los judíos constituían el ochenta por ciento de la población de Działoszyce. Se dedicaban al comercio de cereal, cosechas en general, zapatos, muebles, pieles y ropa. Había trabajo en tres curtidurías, dos pozos de petróleo, una fábrica de ladrillos y varios hornos de

tejas. De las aldeas y pueblos cercanos venían miles de personas los martes y los jueves a ver las ferias y mercadillos.

La última vez que regresé, en 2019, me sentí como si hubiese caído en un agujero negro. La estructura carente de techo de la sinagoga neoclásica Adas Israel, cuya construcción empezó en 1852 y concluyó en 1876, seguía en pie, pero los revoques exteriores se habían derrumbado y dejaban al aire ladrillo desnudo y arañado. La habían colonizado las palomas, que volaban ruidosas por los arcos en los que en su día hubo majestuosas vidrieras.

Antaño fue un lugar hermoso, con estrellas doradas dibujadas en las vigas sobre un fondo azul. Había imágenes de las doce tribus de Israel pintadas sobre el metal, con guirnaldas florales. En el borde del techo, en las cuatro esquinas de la estancia, había pintados un ciervo, un león, un tigre y un águila. No ha sobrevivido nada de todo eso. Justo después de la Segunda Guerra Mundial, en un despreocupado acto de profanación, se usó la sinagoga como almacén de carbón, cemento y materiales de construcción.

Me asomé por entre el enrejado de las puertas de hierro cerradas e intenté retrotraerme en el tiempo a la época en la que me sentaba en las bancadas y realizaba la oración judía, rezaba con mi padre y con el padre de mi padre, Jankel, un hombre profundamente religioso, el tercero de los cuatro hijos de Dovid. Esther, la esposa de Jankel, mi abuela, era igualmente devota: estudiaba el Tseno Ureno, la Biblia de las mujeres judías. También elaboraba mantequilla y queso tras ordeñar a las vacas de Dovid.

Había cambiado mucho. Los matorrales que rodeaban el terreno contribuían tanto a la sensación de decadencia como a mi propia desorientación, pues yo era un anciano que veía fragmentos de un pasado lejano bajo una luz distinta. Mis aterradores recuerdos infantiles de un gran río que fluía cerca de allí, con una cascada, y que alimentaba el único pozo del

shtetl se enfrentaron al hecho de que dicho río había menguado hasta convertirse en poco más que un arroyuelo pequeño y poco profundo conocido como el Sancygniówka.

Tuve el impulso de regresar al río para dar gracias por mi propia vida, porque de pequeño había caído en él por culpa de dos tablones flojos que hacían las veces de puente improvisado. Yo no sabía nadar, así que empecé a revolverme y tragué mucha agua. No había nadie que pudiese ayudarme. A día de hoy sigo sin saber cómo fui capaz de salir arrastrándome de allí.

Aquella zona tenía tendencia a las inundaciones. Działoszyce había quedado aislada durante ocho días en 1936, cuando los ríos Sancygniówka y Jakubówka se desbordaron tras un aguacero. Veintiocho casas se vieron arrasadas y otras ciento treinta sufrieron graves daños. Se ahogaron seis habitantes del pueblo. Nuestra casa ya se había inundado hacía algunos años; había entrado agua hasta dos metros de altura y mis padres me habían tenido que colocar en lo alto de un armario para protegerme. Por algún motivo aún conservo la imagen de un trozo de tejado que flotaba en el exterior, todavía con el portalámpara enganchado.

La solución al misterio del lugar donde descansaban los restos de mi bisabuelo en el cementerio residía en que todos los aspectos de la comunidad judía local habían sido eliminados durante el Holocausto, así como inmediatamente después. La segunda vez que regresé, en 2011, descubrí que los residentes locales polacos, movidos por la culpa y el rencor, habían abandonado deliberadamente el cementerio. Lápidas que databan de hasta principios del siglo XVIII habían sido destruidas.

El lugar, inaccesible, estaba tan lleno de maleza que, siendo comprensivo, no era de extrañar que la encargada no tuviese ni idea de lo que había allí. Al menos me he enterado de que un alma caritativa consiguió abrirse paso entre los hierbajos y colocar placas conmemorativas en los troncos de los árboles. Puede que aquellos a quienes honran esas placas estén velados

por las brumas del pasado, pero merecen que se los recuerde. Que su recuerdo nos bendiga.

Mis padres hablaban yidis, polaco, ruso y alemán. No tenían mucho, pero compartían libremente. Mi abuelo, por ejemplo, repartía leche que compraba al *poretz*, el terrateniente feudal, entre los pobres, que solo podían pagarle una fracción de lo que valía. Su hermano, Aaron, que vendía casas, tenía tanto éxito que pudo comprarse un carruaje de cuatro caballos, el equivalente a un Rolls-Royce de hoy en día. Solía regalarme chocolate, además de apoyar financieramente a toda la familia, incluidos parientes lejanos.

Para ser alguien que se identificaba con un número en los campos, he tenido muchos nombres. Mi nombre de nacimiento es Joseph, pero me llamaban Juzek o Josek en polaco, así como Jossel o Yossaleh en yidis. En otra época de mi vida, en Sudamérica y Canadá, me llamaron José o Joe. Todo dependía de en qué lugar viviese en cada ocasión. El apellido original de mi familia era Lewkow. El «icz» se añadió mucho más tarde y viene a significar «hijo de». «Lew» significa «corazón», pero también sugiere un vínculo con la tribu judía de Levi.

Resulta extraño el modo en que salen las cosas. Muchos años después, en un viaje que hice a Israel, me encontré para mi sorpresa con un desconocido que me dijo que había estado presente en mi ceremonia de circuncisión, celebrada a los ocho días de mi nacimiento. Al parecer me habían dado el nombre de un estudioso sabio de la Torá, el *rebbe* Yoskele. Yo ansiaba saber más, pero cuando regresé a Israel dos años más tarde descubrí que el hombre había fallecido. Nadie llegó a registrar sus recuerdos. Otro fragmento pequeño pero significativo de nuestro patrimonio que se pierde.

Mi padre, Symcha, nació en 1899. Era el hermano mayor, el único varón. Hannah, la más joven de sus tres hermanas (las otras eran Sheindel y Pearl), murió de tuberculosis a edad temprana. Symcha intentó, y no consiguió, librarse de que lo

alistasen en el Ejército polaco durante las últimas fases de la Primera Guerra Mundial: se hizo deliberadamente una herida en la pierna.

La resistencia a unirse al servicio militar es común en la familia. En los años cincuenta, el destino me llevó hasta un tío abuelo, Israel, un hombre muy divertido que se había escapado hacía casi cuarenta años. Se había forjado una vida nueva en Sudamérica porque no quería unirse al Ejército polaco.

Mi padre hablaba poco de su época militar en Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Alemania. Había tomado la precaución de prometerse con mi madre, Sheindel, antes de marcharse al frente. Las delicadas facciones de mi madre sugerían sangre francesa, aunque ella había nacido en Działoszyce. Se la consideraba el mejor partido de toda la comunidad.

Espero que puedan ustedes perdonarme que me recree en dar una descripción a grandes rasgos de sus cualidades. Significa mucho para mí, siendo como soy, un hijo fiel, hacer todo lo posible para devolverla a la vida a través de mis palabras y mis actos. Además de su belleza natural, mi madre le sacaba el máximo partido a una buena educación, ya que era una ávida lectora tanto en polaco como en hebreo. Podía hacer rápidos cálculos matemáticos de cabeza, no tenía necesidad de tomar notas a lápiz.

Toda la ropa le sentaba bien, aunque era un tanto particular en lo referente a los pequeños detalles, como por ejemplo el ángulo en el que se colocaba el sombrero. Tenía pasión por los zapatos bien hechos, que solían ser los que habían confeccionado sus hermanos, Leibish y Yossel, judíos ultraortodoxos que tenían un negocio de exportaciones de bastante éxito. Yo solía jugar al escondite con mis amigos en la fábrica de ambos, que olía a cuero fresco.

Mi madre podía ser muy obstinada, una bendición y una maldición a partes iguales que yo heredé de ella. Sin embargo, siempre hablaba con voz calmada, cálida y amable. A día de

hoy sigo intentando vivir bajo su máxima: *Na grzeczności nikt nie traci* («Si eres bueno con los demás, solo puedes salir ganando»). Aquel rasgo caritativo probablemente le venía de su madre, Pearl, que era una ilustre *shiddujim*, una casamentera, del barrio.

Echo de menos a mi madre a diario y todavía me duele que le robasen un bordado que tenía de Adán y Eva en el paraíso, confeccionado con un nivel de detalle y creatividad asombroso y del que estaba muy orgullosa. Dedicó muchísimas noches de trabajo entregado y minucioso a completar el bordado, que decoró la pared principal de nuestra casa hasta que, como comprobarán ustedes más adelante en este libro, nos lo robaron.

Su padre, Yitzhak Isaac, se ganaba bien la vida. Hacía edredones y almohadas de plumas de ganso de calidad. Tenía toda una red de trabajadores por los pueblos y aldeas circundantes que se encargaban de arrancarles las plumas a los gansos y reunir las en sacos enormes. También usaba plumas de pato para otro tipo de productos que se hacían en la fábrica de mi abuelo. Así eran las cosas: primero la familia, sobre todo cuando venía reforzada por el matrimonio.

Mis padres celebraron una ceremonia formal en la *shul*, la sinagoga. No sé a ciencia cierta dónde se celebró el banquete de boda, porque los invitados forman parte de nuestra generación perdida y todos los detalles al respecto murieron con ellos. Aun así, debió de ser en la estación de bomberos del pueblo o en algún edificio municipal de gran tamaño. Seguramente hubo comida sencilla pero abundante.

De niño yo adoraba la alegría y la pompa de aquellas ocasiones. Un grupo jasídico de música tocaba canciones *klezmer* hasta altas horas de la noche mientras los hombres bailaban en círculos. La procesión que acompañaba la boda era un acontecimiento en toda la comunidad: se abrían de par en par las puertas en señal de aprecio a la caravana de carromatos a caballo adornados con vivos colores que pasaba junto a los

invitados, que cantaban canciones en hebreo y en yidis. Las tonadas de los sabios, canciones para la eternidad.

Me gusta cantar, aunque es probable que los amigos que me dicen que tengo buena voz lo hagan solo por ser amables. Adoro las historias que cuentan las canciones y la cultura que celebran. Atesoro los recuerdos que estimulan, el gozo inocente que proporcionan. Aún soy capaz de tararear espontáneamente los vales que me hipnotizaban de pequeño.

Uno de mis pocos legados familiares es una fotografía que muestra alrededor de un centenar de los antepasados de mi padre, todos reunidos en un banquete de boda frente a un edificio que no alcanzo a reconocer. Algunos de los hombres llevan trajes elegantes, mientras que otros van vestidos de una manera más tradicional. La foto incluye varias generaciones, bebés y niños pequeños junto a ancianos como mi bisabuelo, que está de pie, rígido, con un largo abrigo de color tostado.

Ninguno sabía el terrible destino que les aguardaba.

Yo no supe apreciarlo en su día, pero ahora puedo valorar que mis padres quisieran educarnos en condiciones. Del mismo modo que mi *eema*, mi madre, predicaba con la consideración hacia el prójimo, mi *abba*, mi padre, me enseñó valores como la diligencia, la frugalidad y la honestidad. Mi padre vivió según esos valores y llegó a ser comerciante de cereal tras haber empezado con un humilde puesto como operario en un molino. Llegó incluso a poseer su propio molino, que compró gracias a los ahorros y la dote de sus suegros.

Le compraba el grano a un *poretz* y lo transportaba en sacos de cien kilogramos mediante caballos y una calesa hasta su molino de agua en la aldea vecina de Lysowiec. Allí molía el grano y lo vendía como harina a las panaderías y negocios locales. No le iba muy bien, pues sus clientes no siempre podían permitirse pagarle todo lo que le debían. Aun así, lo respetaban muchísimo.

Madre contribuía a la economía de la familia con su trabajo

en un colmado en la calle principal, en el que se vendía té, café, mermelada, especias, cigarrillos, pan, verduras, frutas, dulces, jabón y productos de limpieza. El Gobierno establecía el precio de algunos artículos, como la sal y el azúcar. Otros los conseguía mi padre tras arduas negociaciones. Yo me ponía tras el mostrador cada vez que mi madre tenía que atender otras tareas, una experiencia a la que di buen uso más adelante en la vida.

Dado que yo no conocía los precios, siempre preguntaba a los clientes cuánto costaba cada artículo en concreto. Inevitablemente, los clientes siempre disminuían el precio a su favor. Yo sabía que lo hacían, pero no me importaba, pues disfrutaba mucho de la charla que acompañaba cada transacción. Me gustaba conocer a todo tipo de gente, intentar comprender cómo pensaban, qué querían y qué estaban dispuestos a aceptar.

Lo que sucedía en la calle siempre me resultaba atractivo. Una chica cantaba óperas italianas a cambio de unos cuantos eslotis. Los chicos atormentaban sin el menor recato a otro personaje siempre presente, un excéntrico que se llamaba Abele Shuver. Grupos de cuatro o cinco hombres, todos con barba y kipás, casquetes que se llevan en la coronilla, charlaban sobre política o compartían chismorreos locales frente a las tiendas. De vez en cuando dejaban de hablar para invitar a los viandantes a entrar en sus tiendas; el aire zumbaba con el rumor de los regateos.

Yo no me daba cuenta, pero todo aquello me estaba formando en el arte de negociar. No tardé en engancharme al proceso, en empezar a comerciar y vender monedas o sellos a otros chicos de mi edad. Usé esos mismos instintos tras la guerra para comerciar con diamantes y evaluar oportunidades de negocio. Cometí un buen número de errores que me costaron caros, pero creo que, en última instancia, las cuentas han acabado saliendo a mi favor.

Mi padre me proporcionó una de mis mayores lecciones de vida. Desde pequeño me decía que me sentase a su lado, que

mirase y aprendiese. Tenía un gran sentido del humor y solía dejarme montar en los potros que impulsaban el molino, pero también tenía su lado serio. Cierta tarde me dio una sorpresa mientras yo me ocupaba del colmado.

No había mucho movimiento, así que me permití echar mano de un par de caramelos. No lo veía como robar, pero mi padre percibió de inmediato mi sentimiento de culpa.

—¿Qué haces? —preguntó.

Yo miré al suelo, murmuré un «nada» e intenté torpemente meterme los caramelos en el bolsillo del pantalón. No engañaba a nadie y menos aún a alguien tan observador como mi padre.

—Enséñame qué tienes ahí —dijo, alzando la voz. Comprendí que no tenía más opción que obedecer—. ¿Los estás cogiendo sin permiso? No puedes hacer eso. Tienes que pedir permiso. ¿Por qué los coges? ¿Qué piensas hacer con ellos?

Le expliqué que quería dárselos a mis amigos, que no se los podían permitir.

Mi padre percibió que yo estaba enfadado conmigo mismo. Dijo que comprendía el motivo de mis actos, pero me obligó a prometer que no volvería a hacer algo así sin pedir permiso. Me dio una charla sobre decir mentiras y me dijo que siempre se descubriría la verdad. Me ordenó que jamás engañase a nadie. Si sentía la tentación de no decir la verdad, tenía que recordar sus palabras y mantener la boca cerrada.

Esa regañina me impactó mucho más que una bofetada. Me sentí tan avergonzado que tardé mucho en volver a mirar a mi padre a los ojos. Era un muy buen modo de educar a un niño, porque prefirió dejarme tiempo para pensar en lo que había hecho, para digerir la lección. Mi padre me enseñó tolerancia, así como la importancia de respetar a todo el mundo independientemente de su estatus. Si un judío extendía la mano en busca de caridad, mi deber era dar con generosidad.

Mi educación moral se vio completada con mi fe. Me quedé en casa con madre hasta que cumplí los cuatro o cinco años,

momento en el que me mandaron a la *jeder*, la escuela de la aldea. Me llevaba y me traía un *belfer*, una suerte de profesor ayudante, algo así como un perro pastor para humanos, pues guiaba a su rebaño. Yo solía usar pantalones cortos que hacía mi madre, que también se aseguraba de que llevase siempre la cabeza tapada. No llevé los *peyets*, los tradicionales rizos laterales judíos, hasta más adelante.

Las clases se daban en la cocina de la casa de nuestro maestro. El rabino Koppel se sentaba frente a nosotros con un látigo en la mano, con el que azotaba a cualquiera que viese amodorrado o sin prestar atención. No era tan brutal como suena: no dolía, era un gesto pensado para humillar. Yo me llevé algún que otro azote, por hablar, por interrumpir al profesor y por jugar con un juguete bajo la mesa.

Nos sentábamos frente a una gran mesa de madera, aprendíamos hebreo y leíamos del Sidur, un libro religioso, y del Jumash, que contiene lecturas especiales de los cinco libros de Moisés. Nos enseñaban a atesorar nuestros libros sagrados. Nos decían que no los pusiésemos en el suelo, que no nos sentásemos en ellos y, vergüenza de todas las vergüenzas, que no escribiésemos en ellos. El rabino Koppel era una figura de peso en la comunidad: un constante flujo de personas que sufrían problemas como el *ayin harab*, el mal de ojo, pasaba por su casa.

Cuando cumplí siete años, el rabino Koppel me nombró *jazzan* de la clase, el cantor que lleva la oración en la sinagoga. Supone un gran honor, pero, con la ignorancia y la osadía de la juventud, yo le dije que no quería hacerlo. El dolor en la mejilla del bofetón que me dio me ha acompañado toda la vida. A día de hoy sigo tomándome muy en serio la responsabilidad del puesto y lo he llevado a cabo por todo el mundo.

Soy un *ba'al tefilla*, un maestro de la oración. No es un reflejo del bien que hay en mis acciones, sino más bien una señal de que otras personas consideran mi voz agradable. Como buen

jazzan no profesional jamás he aceptado ni un centavo por mis contribuciones. No soy más que un voluntario que lidera la oración de sus compañeros.

Había alrededor de una docena de chicos en clase. Nos convertimos en un grupo bastante unido y a menudo desandábamos el camino hasta mi casa, donde mis padres nos habían dejado galletas, algo de picar y demás regalitos, como por ejemplo pastelitos de arándanos, antes de irse a trabajar. Allí repasábamos las lecciones del día y hacíamos una pequeña ronda de preguntas para asegurarnos de estar listos en caso de que, al día siguiente, a nuestro profesor se le ocurriese hacernos un examen.

Hicimos pequeños juguetes y vagones con trozos de madera decorados con guijarros y conchas. También éramos muy ruidosos, cosa que siempre ponía de los nervios a Zisale, nuestra ama de llaves, a quien le encantaba darnos órdenes de malas maneras. Zisale era huérfana y llegó a integrarse tanto en nuestra familia que mis padres acabaron haciéndole de casamenteros y buscándole marido, un carpintero del pueblo.

Nuestra felicidad no tenía límites. Cuando vimos un motocarro por primera vez echamos a correr detrás de él, maravillados. Recuerdo haber oído hablar de un aeroplano. ¿Un pájaro de hierro que vuela? ¿Cómo era posible? No había televisión y solo quienes eran extremadamente ricos poseían teléfono. Aun así, yo jamás tuve la sensación de estar perdiéndome nada. Nuestra ignorancia era una bendición.

En el verano jugábamos fuera, en una gran casa que pertenecía a mi tío, un comerciante de carbón. También fuimos a Stawiska, un estadio deportivo local en el que se organizaban carreras y demás competiciones. A mí jamás se me dieron bien los deportes, pero nunca he olvidado la sensación de asombro que sentí cuando mi padre me llevó a ver mi primer partido de fútbol.

Supongo que resulta típico, pero no tengo el menor recuerdo

del partido en sí, más allá de un pueril sentido de la maravilla al ver a hombres que podían correr muy rápido en un campo que me parecía inmenso. Me fascinaba el ruido y el color de la multitud, pero nada podía compararse con la magia de la limonada y el helado que me compró mi padre. Eso sí que me alegró el día.

El rabino Koppel estaba convencido de los beneficios del ejercicio físico y nos dejaba correr libremente durante el breve descanso de las clases, que solía interrumpir para explicarnos los fragmentos que recitábamos. Era un maravilloso contador de historias y nos relataba fragmentos del *parashá* semanal, un pasaje de las Escrituras judías, que yo solía contarles luego a mis padres durante la cena.

Por las mañanas acompañaba a mi padre los cinco minutos que se tardaba en llegar andando a la *shul*, que también hacía las veces de centro comunitario. Leíamos la Torá los lunes y los jueves. Los viernes por la tarde, padre me llevaba siempre a sumergirme en el *mikvé*, un baño en el que me metía como parte de un ritual de purificación.

El baño estaba muy caliente, humeante, y de vez en cuando incluía un masaje con *besiml*, un manojo de hojas liadas y empapadas en agua jabonosa dentro de un *wessle*, un plato de madera. Luego, yo tenía que pulirme los zapatos y preparar mis mejores ropas para el *shabbos*, el *sabbat*. Como hijo mayor que era, tenía la responsabilidad de cargar con la olla de dos asas de la familia, que contenía el *cholent*, un estofado tradicional, hasta el horno del panadero, acompañado de mi hermano, Meir Wolf.

El estofado consistía en carne, patatas, cebada, habichuelas y *kishka*, salchicha, aunque madre siempre añadía su ingrediente especial: *yapstock*, empanadillas hechas de patatas crudas con hierbas y especias. El guiso hervía a fuego lento toda la noche, junto con el contenido de otros centenares de ollas de las demás casas. Ese era el alimento principal durante el *sabbat*.

Madre daba el pistoletazo de salida la noche del viernes, cuando repartía *bulkelacj*, pequeños rollitos de canela preparados para la ocasión, entre los pobres que llegaban a la puerta de casa. Luego encendía velas y colocaba la cubertería buena en la mesa. Mi padre decía el *kiddush*, una bendición judía, con un vaso de vino casero fermentado a partir de pasas. Algunos familiares también traían vino de manzana.

Bendecíamos los *jalá*, que son panes trenzados, antes de acometer el pescado. También los *kugel*, guisos hechos con fideos de huevo, y el *tzimmes*, un estofado dulce hecho con vegetales de raíz. El olor de la col flotaba en el aire, proveniente de la sopa o de los rollitos rellenos. Entre platos, mientras se preparaba la carne, nos tomábamos un pequeño chupito de vodka. Luego cantábamos *zmiros*, himnos religiosos que podían tener hasta mil años de antigüedad.

Los sábados por la tarde, entre las ceremonias de la sinagoga, íbamos a ver a nuestros abuelos, o bien yo me iba a dar paseos por las colinas con mis amigos. No teníamos una sola preocupación en el mundo, aunque deberíamos haber prestado más atención al tono de consternación con el que hablaban los mayores cuando discutían sobre la creciente amenaza que representaba Hitler y aquella enfermiza forma de nacionalismo alemán.

No nos cabía en la cabeza la idea de una invasión, de la muerte y la destrucción. Y, sin embargo, todos aquellos amigos, los chicos que se reían con las películas de Charles Chaplín y que tenían tanto por lo que vivir, estaban condenados. No sobrevivió ninguno. Puede que nuestra comunidad no fuese rica en términos materiales, pero a nivel espiritual estaba bendecida. Funcionaba gracias a un millar de diminutas interacciones entre las personas, que representaban los valores que tanto asustaban a nuestros opresores.

Esta era la gente que los nazis consideraban subhumanos. Estoy aquí como testigo suyo. Este es el estilo de vida que

los nazis intentaron incinerar. Estoy aquí para compartir el dolor, aunque aún no alcanzaba a comprender el poco tiempo que nos quedaba. Un desastre impensable estaba a punto de consumir nuestro mundo.